

Cuadernos de un Solitario

PILAR

Pilar, la hija menor de Mambruno, es la simpatía misma.

Pilar, un año sólo, ríe y manotea, muy abiertos los ojos negros, carnosos y sonrosados el rostro; la boca, entreabierta y breve carmín, prorrumpe en risa, en alegría.

Ríe aún más si ve a Mambruno y hasta patalea en el aire jubilosa.

Pilar ríe, pero, de pronto, se agacha, busca el ala materna, se oculta, se tapa la cara, pero súbitamente también alza la cabeza, mira a Mambruno muy fijamente y ríe.

Risa niña que relampaguea inocente y carmesí e ilumina el corazón de Mambruno y le da alientos para luchar, para vivir.

PAREJA DE CIEGOS

Sopla el Norte, hace frío, un frío incisivo y cruel.

En un portal, junto al escaparate de una librería, dos ciegos, marido y mujer, dos viejos troncos entrelazados para darse calor. El uno al arrimo del otro, se buscan con afán, con una ternura acariciante de insectos. El cariño los encadena, los agarra, los aprisiona; las manos son tentáculos y el amor se vuelve irresistible, avasallador; cogidas las manos, las bocas juntas, los dos se calientan con su propio vaho.

Hace un frío horrible, helador. Pero vence la ternura y los dos ciegos se arrebujan el uno contra el otro, y en sus almas brotan como ojos invisibles que, a través del tacto, captan luz, calor. Porque el amor, lo único que aún puede salvar al hombre, es luz. Sí, es luz el amor.

LA GLORIA

«Que no estás tú, Mambruno, y estoy yo, y éste y aquél, y tú, no, ¡ja, ja, ja!, tú, no; tú, no; oh iluso. Y ¿para esto te has exprimido tantas veces el corazón como un limón cuando se aprieta con ambas manos?, y ¿para esto has desnudado tu alma tantas veces delante de los ojos de todos?

Di, Mambruno, ¿para qué?

¿Para que tu nombre salpicado de saliva tonta corra de boca en boca o enrollado en una espiral de humo efímero ascienda hacia el techo de cualquier tertulia?

Dímelo, en secreto, Mambruno:

¿Para que en una noche lluviosa, en un salón lleno de lámparas áureas cuelguen de tu cuello una medalla, en premio a haberte desangrado escribiendo libro tras libro? En tanto, en el umbral del salón, inevitable espectadora, la muerte, guadaña al hombro, irónica sonrío.

O, tal vez, Mambruno:

¿Para que cuando tu cuerpo sea podredumbre y liberado tu espíritu viva vida inmortal, algunos hombres, amigos tuyos, coloquen sobre tu fosa una lápida en la que se diga que no fuiste más que un poeta, un pobre soñador?». .

Mambruno, vuelto de espaldas, no contesta.

CIPRIANO

Cipriano es camarero y acude a la llamada servicial y sonriente. Es alto, pálido y enjuto; tiene los ojos grandes, claros, de un mirar cariñoso y el habla entonada, suave y afable.

El bar y en la entrada un anuncio luminoso: «Pinedo». Relampaguean fulgurosas las letras, verdes, azules, escarlatas, rayadas por una trémula lumbre dorada.

Mambruno y su mujer toman el fresco en la terraza. Sobre la mesa, dos tazas de café, vacías. Se oye, cercano, el surtidor de una fuente. Encíma, muy alto, infinito, el hondo azul de un cielo estrellado.

Es verano. La mirada se alarga a través de los jardines del Espolón y de su follaje susurrante. Silencio, y de pronto el grito de júbilo de algún niño que juega.

Cipriano va y viene, enfundado en traje negro, blanca la pechera y con su corbata de pajarita.

Es tarde, hora de cenar, las diez. Se van retirando los parroquianos. Quedan solos, en su mesa, Mambruno y su mujer. Se acerca Cipriano y

empieza a conversar con Mambruno, como otras noches, pero hoy se confía, su corazón se abre y comienza el relato de su vida:

—«Soy hospiciano —dice—. No sé quienes fueron mis padres. Pocos son los que han sufrido tanto como yo. Todos los niños tienen en su infancia un regazo en donde cobijarse. Yo, no. Ni madre, ni abuela, ni hermana; alguien. Yo nunca tuve a nadie.

A los ocho años, al campo. A sudar, a cavar, a explotarme. Hasta tres días sin comer; un mal día ya no pude más, agarré unos chorizos que se ahumaban en la cocina y me los tragué, luego me dolía el estómago y vomité varias veces. Pero me salió bien, cargó con la culpa el gato. La ira del campesino fué tal, que con un cuchillo cortó en redondo la cabeza del gato.

Me hubiera muerto de hambre, pero un vecino me salvó; lo denunció por malos tratos, me daba unas palizas salvajes, hasta dejarme en tierra ensangrentado, como muerto.

Volví con alegría al hospicio y allí permanecí hasta los doce años.

Después, pinche de cocina, recadero y camarero, por último, en ferias y mercados. Pero yo sabía administrarme, pagaba a las patronas por anticipado y junté algún dinerillo.

Desde que me casé fuí feliz. Conseguí dos habitaciones y una galería con mucho sol en un ático. Allí vivimos mi mujer y yo, dichosos.

Pues, a pesar de todo lo que le he contado, yo creo que los hombres son buenos, y deseo vivir mucho, mucho, quisiera llegar a los ochenta años».

Le llaman de dentro. Cipriano hace una pausa y dice finalmente:

—Mi vida es una novela.

Se marcha, rápido. Y, Mambruno, silencioso un momento, piensa: «¡Qué vida humana no lo es!».

DON SEVERO

Don Severo, sentado en una silla, los codos apoyados en la larga mesa claustral, calificaba.

Alto, atlético, elegante la indumentaria, el rostro alargado, caballuno, muy blanca y reluciente la dentadura, la boca adusta se contraía en una como sonrisa,

Dos días de exámenes, una hora cada alumno. Más que examen, cerco apretado, tenaz, en torno al cerebro del adolescente, una hora de agobiante tortura. El muchacho, despeinado, sudoroso, desorbitados los ojos, llena la cabeza de signos algebraicos, manchadas las manos y la ropa de tiza, en

tanto don Severo, sereno, grave, circunspecto, interrogaba al muchacho una y otra vez, respaldado en la sabiduría de su sillón profesoral.

El examen continuaba implacable y el corazón de don Severo imperturbable, pero el alumno cansado cedía ya, divagaba, se confundía, y ahora sí que se henchía de un gozo irreprimible el corazón de don Severo y se traslucía en la leve, fría sonrisa de sus labios descoloridos.

Eran ya doce los examinados de tan irreprochable manera.

Don Severo los juzgaba ahora, iba poniendo nombres y apellidos en el acta y en el casillero correspondiente la misma calificación: «Suspense». Había llegado hasta el duodécimo, todos alumnos oficiales, conocidos de don Severo.

Pero la mente exacta de don Severo se obnubiló un instante y, automática, escribió su mano su propio nombre y apellidos y luego la estilográfica apasionada y veloz juzgó: «Severo Duro del Mollar... suspense».

Distraído aún, pero con viva satisfacción, don Severo se levantó, atravesó el pasillo y ya en la oficina entregó al Secretario el acta.

Echó a andar, pero a los pocos pasos, no había andado aún ni diez metros, el Secretario le requirió:

—Pero ¿cómo, examinados doce y suspendidos trece?

Don Severo agarró tembloroso el acta y comprobó con espanto que se había suspendido a sí mismo.

PACO, EL JARDINERO

Cuando trae flores, un ramo de azucenas blancas, de cálices dorados y perfume embriagador, Paco las entrega, como gozoso, sonriente.

Paco, el jardinero, es alto y tiene la tez morena y apergaminada, tostada por el aire y el sol; sus ojos son negros y como velados de tristeza, ha estado enfermo varias veces. Su charla es dulce, movida, afable.

Sus hijos, ya mayores, apenas si paran en casa. Paco y su mujer crían ahora a una niña, una pequeñuela de diez meses, que se quedó, al nacer, sin madre; es de la misma edad que Pilarín, la hija menor de Mambruno.

Paco habla de su niña, cuenta a Mambruno cómo intenta la niña andar, cómo se ríe ya. Pone en su trato con la niña ese tacto delicado que usa para las flores. Paco cuida, mimar a la niña, tal si fuera una flor.

Paco se despide y promete otro ramo para dentro de unos días, antes que julio acabe. Cierra la puerta, después de dar la mano a Mambruno, que le da las gracias.

Ondula envolvente el blanco aroma trasminador de las azucenas por el ámbito luminoso de la casa.

BASILIO, EL CARPINTERO

Basilio ha venido para entregar la caja de un reloj. Es un reloj antiguo, de péndola, que compró Mambruno en casa de Leoncio, el anticuario.

La péndola, labrada, oscila airosa, azul y carmesí, nimbada de oro viejo.

Basilio coloca en un ángulo de la biblioteca la caja de nogal; es sólida y sencilla como las estanterías con cristales que guardan los libros de Mambruno y que él labró también hace ya varios años.

Situada la caja, Basilio mete el reloj y luego cuelga la péndola. Al terminar, ya en marcha el reloj, sonrío bondadoso.

Basilio es como de cristal, trasparente a la mirada de Mambruno; es probo y mesurado, a través de su risa franca, la calma, el esfuerzo trabajador.

En hombres de este temple se cifra la Castilla mejor, sufrida y austera, en silencioso laborar.

Sobrios como Basilio, precisa y breve la palabra, dueños de sí mismos.

Basilio trabaja por su cuenta, en un taller oculto, todo se lo debe a sí mismo, a su laborar, en una callejuela apartada y estrecha, en la que se pasa casi todas las horas del día.

El reloj de péndola, con su tictac monótono, acompañará a Mambruno, desde ahora, mientras escribe, mientras se desangra a través de la pluma. en tanto busca la propia expresión, la unidad de su vida.

Sonará la campanada del reloj de péndola y señalará la octava o décima hora de trabajo en aquel día, un día más de la vida de Mambruno.

MAMBRUNO EN PARÍS

Mambruno es un contemplativo, no tiene una alma viajera, le gusta más vivir en profundidad, pero París es distinto, París es la vida, por eso va hacia su hotel, esta noche estrellada de julio, a través de las aceras olorosas a madreSelva de este boulevard Jourdan. Por el centro, veloces, los autos, luciérnagas de la noche parisina.

Evoca los días que lleva en París, cerca de quince. Recapitula lo visto, lo que ha dejado una huella más duradera en su alma, posiblemente, no lo mejor, pero sí lo que ha pasado a ser recuerdo, sangre, sustancia, vida mambrunesca.

Así, la geometría de cubos, planos y grises de Braque; aquella mesa de billar inolvidable. En el Museo de Arte Moderno. Y los rojos ávidos, sangrantes, de los árboles de Ullmann; los hombres, manchas de sombra, de Dufy; la maestría, la picardía, la originalidad de Picasso.

Ahora es Notre-Dame y la combinación lumínica de rosas y morados en las vidrieras o en los rosetones medievales.

O es la calle de Rivoli resplandeciente de luces, de tiendas, de comercios, de grandes almacenes.

Y por allí, hacia el museo del Louvre.

Aquel retrato de Elena Forment y sus dos hijos, de Rubens; la entonación blanca y tierna del cuadro, aquí el color es poesía, parece como si el artista hubiera mojado el pincel en su propio corazón.

Y ahora, la fuerza de otro colorista, de Delacroix, porque la pintura no es otra cosa que color, sí, color que expresa, habla o dice. Aquel cuadro de la libertad guiando al pueblo, con sus negros y rojos, con su hondura patética, dramática. Sí, el drama moderno: la conquista de la libertad. ¡Ay, felices, los pueblos...!

Es él, Mambruno, el que va perdido entre tantos peatones, entre la multitud, por esta avenida de los Campos Elíseos; por el centro, un rebaño negro de autos. El Arco del Triunfo, solemne, hierático, al fondo. Sí, entró en un cine y ponían una película rusa: «Cuando vuelvan las cigüeñas». Había en ella tanta humanidad, tanta vida, que todo el tiempo estuvo Mambruno con el ánimo tenso, con el alma en un hilo.

Y aquel día, de fina lluvia estival, por la plaza de la Concordia, la más bella del mundo.

El museo de los impresionistas, ¡cuántas horas emocionadas, de artístico temblor!

Sisley, paisajista, sus nieves, sus inundaciones, sus aguas, y Pissarro, ese gran amor de la naturaleza, como lo es él, Mambruno, y esos tejados rojos, verdes variadísimos, bosques, verdor, agua, nieve.

Pero quien asombra a Mambruno es Van Gogh; lo telúrico, lo dinámico, del genio; no amor por la naturaleza, sino pasión arrebatadora, no llama, no, hoguera. Y Mambruno, espectador, se siente arrastrado hacia el centro del cuadro, como si experimentara una revulsión anímica, una obsesión; sus ojos, alucinados, en un remolino de color y su alma hacia el interior del cuadro, hacia el reino del alma, hacia la verdad.

Todavía, antes de llegar al hotel, Mambruno recuerda el pintoresco colorido del boulevard de Saint Michel.

Sí, Mambruno está en París, en la ciudad donde el espíritu se hace alegría y el alma, libertad.

ORILLAS DEL SENA

Pasear por la orilla del Sena, detenerse en los puestos de libros viejos, revolverlos, comprar algunos y mirar el verdor de los árboles, sí, Mambruno, bajo el cielo purisino, cubierto de nubes, goza, es feliz.

Arriba, el brillo de los autobuses al cruzar los puentes, las torres de Notre-Dame, el reflejo dorado de las vidrieras altas.

Julio. Soledad. Píos de pájaros. El agua verdosa del Sena y la piedra negra de los edificios. Las escaleras que bajan hasta el río.

Cerca de Notre-Dame, las ojivas negras de las tres portadas y una hilera de santos de piedra.

Mambruno avanza más. Ve la aguja gótica de una torrecilla; brilla la piedra gris de los rosetones de las torres. Toda Notre-Dame envuelta en mansa verdura, y abajo, el Sena, turbio de verdor, refleja, tembloroso, todo el edificio.

Aquí, la paz, el más hondo espíritu de París. Y Mambruno piensa, sueña.

RUE PAUL VALÉRY

Mambruno va pensando en aquel retrato de Mallarmé, pintado por Manet, en un ángulo del museo impresionista; de repente, sin saber por qué, esta calle empinada y silenciosa. Calle de poeta y dedicada a un poeta; calle, para pocos, por su oculta, difícil poesía. Forman la calle viejos edificios. De un jardincito surge un árbol con muchas ramas. Un pájaro en vuelo. Por el cielo, nubes bajas, grises o blancas.

Mambruno recuerda un verso del poeta: «Le vent se lève, il faut tenter de vivre». Sí, es necesario intentar vivir. Hay que vivir, porque el destino del hombre es vivir; por eso el poeta vive en esta calle el sueño de la inmortalidad.

LUCES DE MONTMARTRE

Calles en cuesta en Montmartre. Ascende Mambruno y se acuerda de Utrillo y de sus acuarelas, en donde ha reflejado a través de un color tembloroso el alma de estas calles con escaleras, de estas casas desconchadas, con persianas viejas, cerradas.

Atardece. Sube Mambruno. Allá abajo, la luz roja de un café. Una bruma gris se cierne sobre conjuntos de casas, multitud de tejados, infinidad de luces. Una bruma sobre todo París.

Anochecido baja Mambruno y deambula entre el gentío que llena las calles de Montmartre. En las esquinas, las busconas ejercitan su triste oficio. Ruidos, más ruidos, librerías, cafés, anuncios luminosos, delirio del color, y cabarets y más cabarets. El famoso Moulin Rouge y sus aspas de un rojo encendido. Tal vez sea la voz de Montmartre la que pregona: «Carne, se vende carne femenina, blanca o negra, da lo mismo, de la más viciosa calidad, para extranjeros, para turistas tontos».

Sí, las luces de Montmartre le guían con unos de sus ojos luminosos a Mambruno, como a quien está en el secreto, el secreto a voces, de esta vida nocturna de París.

CHOPOS

Otra vez, la naturaleza. París, materia lejana que nutre el recuerdo, París, vivo aún en la memoria.

Pero otra vez, la soledad, la ciudad gótica, los paseos a lo largo del río. Y por este sendero de la orilla hasta la avenida de los chopos, una avenida verde que llena el alma de Mambruno de un alegre verdor también, sí, un verde susurrante y fresquísimo movido por la brisa en miles de hojas. Es un verde que se eleva con el tronco del chopo hacia el cielo. Se creería que la naturaleza, cansada de soñar, mostrara al aire, a la luz, al sol, ambas mejillas manchadas de hierba, de musgo, de verdín de árbol.

Otra vez, solitario, va Mambruno por el corazón nudoso, troncos de árboles, savia viva, de la naturaleza, sí, entre el rumor, bajo el verdor de muchos chopos.

SAUCE SOBRE EL RÍO

El sauce extiende, alarga e inclina su tronco hacia la otra orilla. El agua verdosa y mansa lame el musgo de la corteza y el río, espejo tembloroso, refleja la vibración de las ramas. El viento pasa, rumor de agua, crujido de hojas, por debajo del tronco. El sol, ascua trémula, brilla encima del puente. Las nubes, momentáneamente áureas, chispean en llamaradas rojizas y por último son moradas cenizas al extinguirse el sol.

Canta un ruiseñor con una música que duele en el alma. Es fuego ví-

brante su trino, como si el corazón de la naturaleza misma cantara. ¡Ay, cómo la ama! Tal, Mambruno; versos se arremolinan en sus labios balbucientes. Pero triunfa —Naturaleza, coro unánime— el gorjeo del ruiseñor.

DURA CONFESIÓN

Cerca ya de los cuarenta y cuatro años, con más de medio cuerpo bajo tierra, es el momento, ¿no te parece, Mambruno?, de pensar en lo que se ha sido, de analizar todo aquello en que se ha creído; es la hora de verse por dentro, sin temblar, tal como se es.

Y hay que ser duro e inflexible con tantos nombres, que un día admiramos, y hoy no son más que hojas amarillas pues no reciben ya la savia de nuestro corazón. Y hay que ser inexorable por tu ingenuidad y ternura de entonces. Hay que borrar esos nombres del corazón, arrancarlos, tirarlos, olvidarlos. Si no lo haces más vale que no escribas más, o ¿es que crees que hace falta que tú escribas, Mambruno?

Confíesalo ya, de tantos nombres, ¡qué pocos hoy dicen algo a tu corazón!

Aún sientes simpatía por Bécquer. Tu corazón está muerto para la ilusión, ¿por qué, entonces? Tal vez por que en su poesía buscas un dolor como el tuyo, y sobre todo, una soledad como la tuya; sí, también Bécquer anduvo solitario por esta Castilla de escarcha y nieve, soñando como tú; y le amas porque lo llevas muy dentro de ti, porque él va con su poesía a través de tu sangre andaluza.

Y el otro, don Antonio, don Antonio Machado, sí, otro pobre solitario que soñaba caminos en la polvorienta Castilla, como tú, andariego o paseante de una plaza; como tú, ensimismado, soñaba empedernido, pero él supo expresarse, tú, hasta ahora, no, ¿por qué, Mambruno? Rómpele las venas, o no escribas más, o ¿es que crees que hace falta para algo que tú escribas?

Pero Mambruno tiene que ser Mambruno, si quiere ser. Tú ¿poeta puro?, tú, Mambruno, el más impuro de los mortales. Sí, tú, soñador, tú, solitario, tú, naturaleza, pero tú, siempre tú: la vida. Eso es: la vida.

POSTURITAS

Con el sombrero verde ladeado, muy morena la cara gitanesca, el labio superior plegado y desdeñoso, alta la mirada, como midiendo al interlocutor con su jactancia; las manos en acción continua, garboso el cuerpo del-

gado, Posturitas vende lo que sea, cuadros, peinetas, mantillas, bronce, todo usado, naturalmente.

Le ha encontrado en la calle, y Posturitas invita a Mambruno a ver sus cuadros. «Algo prodigioso. Una fortuna», dice.

Suben las escaleras de una vieja casa. Es la habitación amplia y fría, muy desnuda de muebles. Posturitas va sacando cuadros, de una alacena, de un armario, de debajo de la cama. Los enseña con parsimonia recreándose en ellos, con aire de entendido, echa labia para ponderarlos, un Goya, un Sorolla, un Corot. «Y no quiero venderlos, ¿sabe usted?». Mambruno contesta irónico: «Comprendo, comprendo». Insiste: «Este Fortuny, cien mil pesetas, por lo menos». Mambruno asiente con cara admirativa: «Claro, por lo menos».

Mambruno piensa entre sí, ¿para qué romper la ilusión de este hombre? Si le dijera de pronto que son copias, sí, copias malas, y que él no daría ni mil pesetas por todos ellos. Pero no, es mejor callar, dejar que Posturitas viva esperanzado en una riqueza próxima que nunca llegará.

CASTAÑOS

Los castaños han empezado a quedarse sin hojas; a través de la bóveda vegetal, ya casi amarillenta, un cacho de cielo azul. De pronto, una lluvia de hojas doradas, casi secas, el ventarrón las arrancó, el ventarrón del Norte que sopla frío.

Tantos años, y siempre lo mismo. Sin embargo, el otoño no tiñe el alma de Mambruno de desilusión. ¿Por qué? La savia está ahí, en los troncos, presagio cierto de que la primavera volverá. Lo que es volverá a ser de nuevo, como la naturaleza, como el espíritu del hombre; si en el corazón de Mambruno también tiene la savia la esperanza.

VILLALBILLA

Es un otoño fresco y amarillo, de una suavidad dorada la atmósfera y el cielo de un azul tierno. Da gusto pasear, y Sabino y Mambruno inician, como todos los domingos, su caminata.

Primero, la carretera espaldada, árboles crujientes de hojas amarillas, y por último, el páramo gris y desnudo, coloreado a veces por una tinta otoñal.

Hasta Villalbilla. En la entrada del pueblo, dos acacias y varias casas de piedra sombreadas por ramas ya casi amarillentas.

Entran en la taberna. Vino en porrón, aceitunas, anchoas, y trago va, trago viene.

Un vagabundo desmedrado, barba larga y negra, pies pequeños, baja estatura y cara inexpresiva, bebe en un porrón también.

El vagabundo va a pagar y le falta dinero una peseta. Paga por él un cazador, que escopeta al hombro, muerde un pan con chorizo. Es un hombre alto y grueso, de faz roja y simpática. El tabernero un viejo socarrón, le pregunta: «¿Conoces tú a ése?».

El otro, el cazador, que va a beber, tiene un porrón en la mano, responde parco: —No. Como ése hay millones.

El cazador exagera. «Cierto—dice Mambruno a Sabino—pero hay tantos como éste, cuántos pobres, cuántos vagabundos, por estos caminos de Castilla, de España».